



## XXXIII

A las vívidas y húmedas regiones montañosas, cubiertas de rica aunque no exuberante vegetación, sucediéronse vastas y arenosas llanuras, planicies escuetas y áridas, grandes y dilatadísimos valles, engalanados á la sazón, gracias á las lluvias de estío, con una lozanía tan hermosa como efímera. Verdegueaban esmaradignos colinas y collados, y en las sementeras, el maíz,— jefe de la espigada tribu, como dijo Bello— desplegaba la pompa incomparable de sus crugientes hojas y de sus banderines tremulantes; flámulas inquietas que fingían misteriosos ruidos y frufrú de faldas. En las montañas grupos de abetos verdinegros, encinares espesos, mezquites sombreros de uniforme pesado ramaje, rompían la unísono-



na coloración de los fondos, término de un paisaje que, en gradación finísima, desleía sus tintes hasta confundirlos con el azul vago de los montes distantes, con el gris intenso de otros más remotos y con la curva zafirina de un firmamento libre de vapores acuosos. A un lado y al otro de la vía, haciendas que parecían fortalezas, castillos desiertos lúgubres y sombríos, llenos de leyendas trágicas referentes á nuestras guerras civiles; lóbregas casonas, con su templo inmediato, en cuya espadaña ruinosa ó en cuyo campanil esbelto y albeante revolaban tornasolados pichones y palomas nevas; caseríos parduscos diseminados en las heredades ó dispersos, al pie de los alcazanos intonsos, como bandadas de aves viajeras asustadas de pronto por el azor; unos y otros esmaltado, en variedad poética y pictórica, praderas, lomas y colinas.

Cerca de la vía, en surcos paralelos é ilimites, fabácea plantación, prometidora de cosecha pingüe, que en su frondosas matas lucía ramilletes aperlados salpicados de manchas negras.

El aire frío y seco. El sol centelleaba en las mieses maduras como en chispas de fuego, y esplendía con reflejos de níquel en los cebadales ondulados.

El tren se acercaba velozmente, con velocidad nunca sentida por viajeros de cumbrés abajo, y al paso de la imponente locomotora, asustados por el vibrante silbido,

apartábanse reses flacas y augulosas, y alguno que otro rebaño que mal conducido por los zagales huía precipitándose hacia las zanjas colaterales en atropellado tropel. Huían las greyes, y el dragón impetuoso pasaba imponente, dando á los templados ahies su espeso penacho, el cual se deshacía pronto en copos menudos ó en sutilísima niebla.

Uno que otro maguey en la linde de las sementeras; magueyes que se pavoneaban de su vigor perenne, y que, se alzaban, de entre la floración jalde de los matojos veraniegos, alargando las púas sanguinolentas sobre un oleaje verde espolvoreado de oro.

Pronto aquellos paisajes no tuvieron atractivo para Margot, á quien las tierras frías eran tristes y monótonas, y para la cual sólo había encanto en la exhubera magnificencia de las comarcas tórridas. La joven se sintió abatida. En vano dirigía su mirada ensoñadora y melancólica hacia los últimos términos de la uniforme llanura, hacia las vagas empalidecidas lontananzas. Quiso leer, pero no traía libro alguno. En todo había pensado, menos en eso, y recordó que Alfonso le había ofrecido remitirle no sé qué versos de uno de sus poetas favoritos. Ramoncillo le dió un periódico, un diario mal impreso, comprado en la estación anterior, donde el tren se había detenido para que almorzaran los viajeros. Chismes de baja y fastidiosa política; información es-



túpida; noticias europeas faltas de importancia é interés; crónica de escandalosos delitos; avisos de teatros y de plazas de toros... y nada más! Por fin, tropezó con un largo artículo que para ella había pasado inadvertido... Un artículo de sañuda difamación jacobina, contra un clérigo culpable ó inocente, sólo Dios lo sabrá, á quien se acusaba de horribles delitos y de atroces infamias... La blonda señorita hizo pedazos el papel y le arrojó por el ventanillo.

Doña Dolores dormitaba; Pablo departía con uno de los compañeros de viaje. Ramón charlaba con Elena.

Así, en constante fastidio, pasaron horas y horas. En Apizaco la multitud agrupada en el andén, el ir y venir de los vendedores, nuevos viajeros que allí subieron al vagón, distrajeron un poco á Margarita; pero el tren partió, y tornaron el cansancio y el aburrimiento. Al fin del día un espléndido crepúsculo vino á distraer á Margarita.

En la región del sur había flovido á torrentes, y las nubes se deshacían en flecos cortinajes, cruzados á cada instante por el rayo; pero en el horizonte occidental el celaje presentaba deleitoso aspecto: una cordillera de umbes blancas y doradas se prolongaba gigantesca hacia el norte, y hacia el oeste se desvanecía como en declives costeros, y al fin se abría, en forma de amplísimo piélago, un golfo cerúleo, seni-

brado de islotes de gualda, en torno de los cuales vagaban cien celajes que á la rubia señorita se le antojaban fantásticas navecillas que con la vela desplegada iban rumbo á misteriosas encantadas tierras, impelidas por el soplo de una brisa suave y embalsamada. El Sol iba descendiendo detrás de las aéreas montañas, y al caer majestuoso en el inmenso desconocido piélago, regaba oro y rubíes en las cimas fantásticas, inundaba en tintas violáceas el oriente, é incendiaba en purpúreos fuegos aquella incomparable gloria del ocaso.

El cielo se fué poniendo más y más rojo, y las nubes se fueron disipando como impelidas por misterioso velo de múrce, al través del cual como un granate en fusión declinaba deslumbrante el rey del día.

Obscurecióse la llanura: los fuegos vespertinos lanzaron sus últimas luces en las llanuras y regaron menuda pedrería y polvo de luz en una laguna negra y desolada. Las sombras de la noche no venían de los montes, sino que parecían levantarse del suelo, ó aparecer repentinamente entre las legiones de innúmeros magueyes ó detrás de los altos y ennegrecidos almeares.

Vino la noche, fueron encendidas las lámparas del tren, y la incansable locomotora lució en las tinieblas su penacho de fuego.

—Margot,—dijo Elena—ven acá! Siéntate á mi lado.



La obedeció la joven.

—Dime:—dijo la ciega—al oído de su hermana, abrazándola cariñosamente.—

¿Crees que Juan estará en la Estación?

—Así lo creo; á menos que ande de fiesta con algún amigo.

—¿Por qué dices eso? ¿Sabes algo?

—No sé nada.

—¿Qué Alfonso no te ha dicho algo de eso?

—¿A mí?

—Sí.

—Si no le he visto.

—¡Ya lo sé! Pero te ha escrito....

—¿A mí?

—Sí.

—¿A.... mí?

—¡A tí!

—No, Lena; quien me escribió fué María.

En aquellos momentos el tren iba llegando á la gran capital.

Doña Dolores, al pasar frente á Guadalupe, se santiguó y se puso á rezar. Los viajeros se apresuraban á recoger bultos y abrigos, y se sacudían diligentes, preparándose para dejar el vagón. A través de los vidrios del coche se percibía la blanca claridad de la luz eléctrica. Se oían gritos de garroteros, voces de transeuntes, silbidos de granujas y avisos de tranvías, y el tren, al sonar pausado de su campana, entró en el vasto hangar, y se detuvo.

—¡Hemos llegado!—exclamó la señora.

—¡Aquí está mi tío!—gritó Ramón.

—¡Y aquí está Alfonso!—agregó Pablo.







#### XXXIV

Todos estaban allí, menos Juanito.  
¡Y con qué afecto y qué entusiasmo recibieron á sus parientes!

Mientras los lacayos y un criado de confianza recogían bultos para llevarlos al carrito de equipajes, la señora y la señorita no se cansaban de besar á doña Dolores, á Elena y á Margot.

Don Juan dió el brazo á su cuñada; Pablo á doña Carmen; Alfonso á Margarita, y Ramoncito á Elena, con la cual iba María.

Volvióse doña Dolores á su hijo, y díjole en tono de cariñosa recomendación:

—Ramoncillo: cuida de Filomena!

La humilde criada iba en pos de sus señores, pensando en si la dejarían sola entre aquella multitud de viajeros y de amigos que habían ido á recibir á éstos, y en aquel ir y venir de mozos de cordel que ofrecían



sus servicios con molesta insistencia, y en medio de aquella turba de agentes de hotel que distribuían tarjetas y recomendaban alojamientos á cuantos pasaban por aquella puerta de entrada, donde fuera imposible abrirse paso sin el auxilio de los gendarmes.

—¡Pierda vd. cuidado, mamá!—respondió el mocito.—Filomena! no te separes de nosotros!

Un lacayo de lujosa librea indicó á don Juan dónde estaban los carruajes.

—En el landó iremos nosotros!—murmuró don Juan.—Que Elena venga también... En la berlina irán los demás. La criada que se vaya con Pancho. ¡El la llevará á casa!

Subieron todos á los carruajes, y el lacayo condujo á la pobre Filomena á un coche de sitio.

Aquí espere vd.—le dijo.—Entre vd.

Y abrió la portezuela.

—Pase vd., señorita, pase vd!—se apresuró á decir el cochero cortesmente, sorprendido de la núbil belleza de la muchacha.

Filomena entró en el carruaje, muy asustada y temerosa.

“¡Aquello no le gustaba!; No le gustaba!; Por qué la habían dejado sola? ¿Por qué la abandonaban así, en un coche de sitio, con gentes desconocidas, con un mozo á quien no había visto, y con un auriga malévolo, mal vestido y mal oliente, y que ha-

bía lanzado sobre ella un aliento fétido, como de bebedor de pulque? ¿Por qué la dejaban así? ¿Ella no merecía eso, que á la infeliz muchacha le causaba una impresión como de menosprecio y desamor! ¡Y que criados tan elegantes tenían los parientes de sus amos! ¡Y qué guapos! ¡Qué bien que se veían con aquellas levitas y aquellos pantalones blancos y aquellos sombreros altos y aquellas botas de charol! A juzgar por los cocheros, la casa de don Juan sería un palacio! Mucho le habían contado á Filomena de los lujos y esplendores de las casas grandes y de los palacios de los millonarios; pero no se los imaginaba así. ¡Vaya! ¡Si ni el Gobernador del Estado, cuando iba á Pluviosilla, tenía tanto lujo y tanto boato!”

Filomena pensaba en todo esto que no le arradaba, pero que despertaba vivamente su curiosidad. ¡Qué haría ella, humilde y pobre servidora, acostumbrada á la vida modesta de Pluviosilla, tan conforme con la pobreza, entre aquellos criados de tanto rumbo? Como los criados serían las criadas. Y si aquellos vestían así, tan ricamente, ¿cómo vestirían éstas? ¡Linda iba á estar ella con su enagua de percal y su rebozo barato!

Filomena pensaba en todo esto, y consideraba que lo natural era que sus amos se fueran con sus parientes en aquellos coches tan hermosos... Sí; eso era lo debi-



do. Pero... que no la hubieran dejado sola. Ella no era ingrata; se había portado bien; no merecía aquel trato. ¡Y el hombre! aquel con quien debía ir, que no venía! ¿Qué estaría haciendo? ¡Ya se ve, allí, eso de sacar equipajes no era cosa fácil! Estarían descargando... ¡Cómo no se fuera á perder algo!

La muchacha hundía sus miradas curiosas en la obscuridad del patio de la Estación, mal alumbrada por dos focos de arco, y se complacía en ver partir tantos y tantos coches, unos elegantes y suntuosos; otros, los más feos y destartallados, que en las sombras de aquel patio, que á ella le pareció inmenso, parecían cocuyos, y que iban desfilando uno á uno, se detenían un momento en la gran puerta, donde los gendarmes los paraban un instante, y luego partían rápidamente, y se alejaban y se perdían entre las tinieblas de una gran plaza.

¿Aquel era Méjico? ¿Aquella era la gran capital? Pues qué mal iluminada! ¡Y aquel hombre que no venía! El cochero, muy sentado en el pescante, fumaba y charlaba desvergiencias con un mozo de cordel amigo suyo...

Por fin, alguien dijo detrás del coche:

—¿128?

—Aquí estoy, jefe!—respondió el cochero.—Aquí lo están aguardando...

Esto fué dicho en tono tan malicioso que

la muchacha, más que temerosa, sintióse indignada!

Un hombre vestido de negro se acercó al coche:

—¿Vd. es la señora que va á la casa del señor Collantes?

—¡Sí!—respondió la muchacha.

—¡Pues vámonos!

Y el hombre entró, se sentó al lado de Filomena, se asomó por la portezuela, y gritó:

—¡A la casa! ¡Ya sabes!

Filomena tembló. ¿A dónde la llevarían?

El coche echó á andar.

En la puerta de la estación le detuvieron los gendarmes. El cochero dijo el nombre de una calle, y siguieron adelante, á través de la plaza.

A poco entraron en una calle amplísima. Voces de vendedores, avisos de tranvías, gritos de granujas que pregonaban periódicos, coches que iban y venían. La calle interminable: muchos transeuntes en las acéras; casas altas en cuyos salones iluminados se veían cortinajes magníficos; tiendas resplandecientes; tenduchos miserables; carnicerías iluminadas y lujosas; bóticas soñolientas, que hacían alarde nocturno de sus aguas de colores; un templo sombrío; un jardín tenebroso, bajo cuyas arboledas se perdían los paseantes; una avenida majestuosa; la arteria principal, ruido-



sa, espléndida, deslumbrante, en la cual los carruajes, á cual más hermoso, apenas cabían; tiendas magníficas; fondas aristocráticas; dulcerías soberbias que en sus aparadores ostentaban mil y mil prodigios de azúcar de colores; joyerías en que la riqueza competía con el aparato deslumbrador, y, por fin, una calle silenciosa y triste, obscura y desierta.

En tanto el compañero de Filomena se mostró muy atento y cortés.

—¿Ya sabía vd. á Méjico?—dijole.

—¡No!—respondió la muchacha.

—¿Le gusta á vd?

—Sí; es muy bonito....

—¿Viene vd. contenta?

—Yo estoy contenta donde están mis amos.

—¿Cuánto tiempo va vd. á estar aquí?

—No sé. Venimos para quedarnos acá.

—Sí; ya está lista la casa. Hace quince días que hemos estado arreglándola.

—¿Ya está lista?

—Sí. Esta noche se irán ustedes para allá. Allá está la cocinera. Luego que cenén los señores se irán ustedes. ¿De veras le gusta á vd. Méjico?

—Sí. Pero.... yo.... ¡Mejor estaba en Pluviosilla!

—¿Por qué?

—Me gusta más la tranquilidad del rancho. Así dicen ustedes.

—Sí; aquí dicen que fuera de Méjico todo es Cuautitlán.

—Pues, la verdad... A mí me gusta más mi tierra.

—¡Eso va en gustos! Ya irá vd. mirando.

—Sí.... Ya veré.

—Vea vd.: esa es la Alameda.

—¿Qué grande! La de allá es más bonita....

—Esa Iglesia es Córpus Christi.

—¿Qué fea!

—Allí es el Puente de San Francisco.

—¿Qué, hay un río?

—No.

—Pues entonces por qué le llaman "puente."

—¿Quién sabe!

El cortés acompañante calló.

Filomena no volvió á abrir los labios. Al fin dijo:

—¿Todavía está lejos la casa?

—No; ya llegamos.

El coche se detuvo: bajó el criado, y bajó Filomena. Francisco pagó al cochero, y ambos entraron.

En el patio estaban los carruajes de la casa. Cocheros y lacayos conversaban con el portero.

—Por aquí....—dijo Francisco á Filomena, y la condujo al segundo patio, y la hizo subir por la escalera de la servidumbre.





### XXXV

Quando llegaron nuestros viajeros, ya estaban en la casa el Dr. Fernández y su amigo don Cosme, á quienes don Juan había convidado á cenar, ó mejor dicho, á "comer," como allí se decía.

Muy grata fué para todos la presencia del Canónigo y de su piadoso amigo. Hablóse de Pluviosilla, y se habló también de los capellanes de Santa Marta, de la fiesta del mes de María, de las fatigas consiguientes á un cambio de residencia, y de los incidentes del viaje.

La señora y las señoritas se entraron al tocador. Pablo y Ramoncito bajaron á las habitaciones de sus primos para quitarse el polvo.

—¿Y Juan?—preguntó Ramón.



—Hace tres días que no le veo. Se fué de caza con unos amigos. Vendrá mañana. Elena tenía la esperanza de hallarle en la Estación.

—Me encargó, al irse, que le excusara con ustedes. Tenía un compromiso muy anterior. Pero mañana le tendremos aquí...

Laváronse los jóvenes, se arreglaron y subieron al piso principal.

No tardaron en volver las señoras.

—Pues, como te decía yo,—decía doña Carmen,—todo está arreglado. Nos dijimos: eso es lo mejor! Que lleguen y se encuentren casi arreglada la casa. Allí estarán más contentas, y, desde luego podrán ir sacando sus cosas. De manera que después de cenar se irán ustedes, y todo lo hallarán listo y en orden. ¿En orden? ¿quién sabe! Pero, en fin, tú arreglaras allá todo como te agrade. Panchó se ha encargado de eso. Es muy listo, y muy cuidadoso. ¿Estás cansada? Me lo supongo, hija. Pronto descansarás. Mañana los esperamos á almorzar. Ya sabes: á la una. Mandaré un coche. Muy temprano tendréis allá los equipajes. Y... no te hemos dado una mala noticia...

—¿Mala noticia?—exclamó la señora.

—Sí; por un mensaje que recibimos anteayer, sabemos que Eugenia está muy grave. No estaba de lo mejor cuando venimos. Al llegar aquí nos encontramos carta suya. En ella me decía que iba á tomar

aguas á Vichy, y que iba mejor. Pero una amiga mía, y amiga suya, me escribió, diciéndome que los médicos habían perdido toda esperanza.

—¿Y qué tiene?

—Los sesenta cercanos. Ya recordarás que no era un modelo de buena salud.

Para Augusto va á ser esto un pesar atroz. ¡La adora, hija, la adora! Y como no han tenido familia, el amor es doble. El tampoco anda de lo mejor. La vida de París, que toda se va en fiestas y comidas, y las agitaciones de la política, acaban á las gentes. Desde la caída del Emperador, Augusto se retiró de la política, pero de pocos años á esta parte, por razones bonapartistas, volvió á la lucha. No lo dudes, si Eugenia se muere, tras él se irá su marido!

—Muchos sentiremos á Eugenia. ¡Ha sido tan buena con nosotros! No escribía frecuentemente, pero, eso sí cada año, allá por Noche Buena, allí estaban su carta y su regalo. Ya tú sabes que Ramón la quería mucho.

—¿Y ella á Ramón!

—Sí; si mi marido en Dios creía y en Eugenia adoraba. Por eso le pudo tanto la boda. Pero... ¿á qué hablar de eso!

Mientras tanto don Juan, don Cosme y el Canónigo departían gratamente en un extremo de la antesala.

—¿Carmen!—exclamó el capitalista.—



¿Sabes lo que dice el Doctor? Que esta semana llegará Monseñor.... Parece que va á celebrarse un concilio, y con tal motivo, y para los preparativos, tiene que venir, y que le tendremos por acá unas cuantas semanas. Lola, ¿conoces á Monseñor Fuentes? ¿No? Pues ya le conocerás, y le tratarás.... Un poquito entonado.... ¡Qué quierres! La educación europea.... Pero muy amable.... ¡Excelente persona! A mí me parece un obispo francés, así como Dupanloup ó Freppel. ¡Gran orador! Yo le oí en París, en San Sulpicio, en el triduo de la colonia mexicana: ¿No cree vd., Doctor, que es un orador elocuentísimo Monseñor Fuentes?

—A decir verdad, y á ser yo fraco, nó! ¡Cuánto más bella no es la antigua elocuencia española, y aun la mejicana, aquella de hombres como Valentín, Pinzón, y Martínez. Como Munguía, ni se diga. La oratoria de Monseñor Fuentes me parece un poco mundana.... Un compañero me dice que es algo teatral, y que Monseñor cuando predica, aquí por lo menos, más quiere ganar aplausos que almas para el Cielo. ¿No piensa vd. como yo, amigo don Cosme? Mucho de ostentación de la propia suficiencia, mucho saber, nadie lo niega, pero poca unción.... ¡Vamos, vamos, que no mueve á piedad! ¿No es verdad, señor don Cosme?

El vejete no supo qué contestar, ó no qui-

so responder, revolvió en el asiento su cuerpo amojamado, movió la cabeza, y no dijo nada.

Siguieron hablando del proyectado concilio, en el cual serían resueltas mil cuestiones de grave importancia para la Iglesia Mejicana.

Cerca del piano la gente joven charlaba á su sabor. Elena se lamentaba de que Juan anduviera de caza; María bromeaba con Pablo y con Ramón, y Margarita y Alfonso buscaban entre mil y mil papeles una pieza de Thomé.

—Margot,—dijo don Juan, acercándose á su sobrina,—vas á encontrar tu piano muy afinado.... Hoy quedó listo. Dicen del Repertorio que aquí, por el clima, mejorará mucho. Ya vendrás, algunas noches y “haremos” música. A ver si tú animas á María y á Alfonso. Con Juan, que antes no tocaba mal el violín, nadie puede contar... ¡Los amigos y siempre los amigos! Ese muchacho es un tronera. Esta (¿no la oíste en Pluviosilla?) no lo hace mal.

—Como que ha recibido lecciones de Marmontel.....—interrumpió doña Carmen.

—Pero es perdida cosa. Se pasan meses y meses sin poner las manos en el piano. Anímalá, mujer! Trajo de París un buen número de piezas. Ya veremos cómo se portan ustedes. Sábetes que me place oír mú-



sica después de la comida. Ahora no, hija mía. Comprendo vuestro cansancio. Ahora á comer, y luego á casita. No han de llegar á Tacubaya después de media noche!

Un criado apareció en la puerta de la antesala, y dijo en francés.

—Los señores están servidos.

—¡Santa palabra!—exclamó el Doctor Fernández, levantándose.



## XXXVI

Después de la comida, que fué muy agradable, doña Dolores dió la voz de partida:

—Hijos míos:—dijoles—pensad en que tenemos que irnos á Tacubaya; que son ya las diez de la noche: vamos, que ya charla-reis mañana ú otro día.... Vámonos, que yo, lo mismo que todos, estoy muy necesitada de descanso, y yo, ya lo sabeis, conforme á la vieja costumbre, haré lo que vi hacer á mis padres desde que era yo niña. Mañana... ¡á la Villa de Guadalupe! ¡A visitar á la Santísima Virgen!

—Nosotras aún no hemos ido!—interrumpió María.

—¡No hemos podido!—exclamo doña Carmen.—¡Buen quehacer hemos tenido para instalarnos! Y eso que al llegar nosotros la casa estaba lista. Ya iremos el mejor día. Si tú quieres, Lola, deja esa visita para la próxima semana.... é iremos juntas!



—¡No, mujer! Iré contigo cuando quieras, ya sabes que estoy á tus órdenes; pero yo no falto á la usanza de mis padres....

—Mira, Lola:—dijo don Juan—para iros á Tacubaya tendreis que esperar aún.... El Doctor quiere irse.... y con él se irá el amigo don Cosme. Van á dejarlos (viven cerca: uno en Donceles y otro en el Factor) van á dejarlos en el landó, y luego éste y la berlina quedarán á la disposición de ustedes.

Y volviéndose á un criado que en aquellos momentos retiraba de la mesa una fuente de mermelada, dijole:

—¡El café en la antesala! Avisa á Francisco que esté listo para ir con la familia.

El criado se inclinó respetuosamente, y salió.

Alfonso, Elena y Margarita, estaban en la sala. Al abrir don Cosme la puerta del comedor, oyóse el vals de Fausto, tocado briosa y magistralmente.

—¿Quién toca?—preguntó don Juan.—¿Alfonso?

—No: es Margot—respondió doña Dolores.

—Pues, ¡ea! vamos á oírla....

Y don Cosme y el Canónigo se despidieron en el vestíbulo, donde un lacayo muy estirado y correcto, les presentó los sombreros y las capas.

—¡Muchachas!—gritó doña Carmen.—¡Alfonso! Ya se van los señores.

Cesó la música, y los jóvenes aparecieron en el fondo de la galería. Elena venía traída del brazo por su primo.

—¡Quedad con Dios!—exclamó el Doctor, despidiéndose.

—Lolita:—dijo don Cosme en tono apacible—hoy entró el circular en Santa Ana. Se lo aviso, para que si desea vd. visitar mañana al Santísimo, al ir ó al venir de la Villa.... Yo tengo esa devoción.... Donde está el jubileo allá estoy yo!

—Gracias, don Cosme!—contestó la señora.

Y los dos amigos se fueron. Despidióles don Juan desde la puerta del vestíbulo, mientras los tres jóvenes volvían al piano. La elegante música de Gounod volvió á llenar el recinto con las alegres notas de gallardo vals.

María sirvió café y licores, en tanto que las dos señoras conversaban en el fondo de la antesala, al pie de un soberbio cuadro, de un hermoso retrato del capitalista, obra de Bonat.

—Ya me dirás,—decía doña Carmen—ya me dirás si la casa es de tu agrado. Me parece bonita. Fuimos á verla hace pocos días. Volvíamos de ver á una amiga, á quien conocimos en París, cuando la Exposición, y Juan me dijo: “¿Quieres ver la casa que están arreglando para Lola?” Y fuimos. Me parece bonita, aunque no es grande. Ya sabes, hija, que eso no abunda por aquí!



Don Juan, arrellanado en una poltrona, charlaba con Pablo, y saboreaba una taza de café. María hablaba con Elena; Margarita tocaba, y Alfonso, cerca de ésta, escuchaba recostado en el piano, y removía el azúcar de su taza con cierto aire de natural elegancia, que no pasó inadvertido para su blonda prima. Ramoncillo hojeaba un álbum de Italia.

—¡Cómo lamento,—seguía diciendo doña Carmen—no poder acompañarte mañana! ¡Tengo ansia de ver á la Virgen! Ya sabes que para una mejicana, no hay imagen como esa! Pero si tú supieras... (¡Lo que es la costumbre!) en París me iba yo volviendo gabaacha, como me decía Eugenia, (que no ha perdido su buen humor) y mi devoción por Nuestra Señora de las Victorias iba siendo más grande cada día.

—Si tú supieras...—interrumpió doña Dolores—que eso que me has dicho de la enfermedad de Eugenia me tiene inquieta. Me temo un desenlace fatal.

—Hija: lo mismo temo yo! Pero... ¡no hay mal que por bien no venga!

—¿Por qué dices eso?

—Eugenia está rica, y es... Surville está rico también, y puedes estar segura de ello, en su testamento no se habrá olvidado ni de tí ni de tus hijos... En Trouville me lo dijo una vez... ¡Vas á heredar, Lola!

—¡Ay, Carmen!—prorrumpió la dama.

—Ya me conoces; ya sabes cómo soy... ¡Quiera Dios que Eugenia recobre su salud! Mañana se lo pediré á la Virgen.

—No te hagas ilusiones: por un lado la enfermedad esa, antigua y de suyo incurable; por el otro los calendarios, los "galvanos," como decís vosotros aquí.

María, desde el "vis á vis" donde conversaba con Elena, dijo en alta voz:

—Tía, por fin, ¿le sirvo á vd. café?

—No, Maruja,—respondióle doña Dolores—no tomo café, me causa insomnio!

El criado del vestíbulo, se llegó á la puerta, y avisó que el coche había vuelto ya.

Doña Dolores se apresuró á decir:

—¡Que baje Filomena! Criaturas: vámonos!

